

Lo primero es antes

He recibido tu tercera lección del Curso. Es espléndida, como las otras dos. El pensamiento corre terso, nítido, *preciso*, diáfano y sin desfallecimiento [...]. Muy de veras te felicito.

Y como al fin, el sujeto es el que se sostiene –hypokéimenon– pues no es extraño que haya rememorado a aquel muchacho que conocí en Roma en el que alentaba su yo inédito, su naturaleza espléndida –porque no todos reciben la misma *fýsis*–, sus dotes y su humildad o, al menos, comedimiento, el aplomo de no querer salirse de su lugar. *Fe*, por tanto. Sí, él es el autor de estas páginas. Está *intacto*, después de tanto y tanto.

[...]

Mas, ¿por qué no piensas en publicar ya tu Curso? Sería precioso. Anímate. San Miguel lo haría y tiene prestigio. Ya, *ahora*. <El tratado gnóstico, también. Y si te parece, alguna Nota después del texto. Es PRECIOSO.> <Canta, canta este tu curso. Melodía y no ritmo. Un libro no tiene por qué ser voluminoso. Pero tendrás más lecciones. ¡Qué tino, qué buen pulso! Armonía.>

21 de junio [1975]

M. Zambrano, *Cartas de La Pièce*¹.

En una carta desde La Pièce, fechada el 23 de febrero de 1975, María Zambrano confesaba a Agustín Andreu «esa típica impresión que suspende», referida a la lectura de unas cuartillas que el amigo le había enviado, además de una nota que de forma emblemática ella había puesto entre las hojas de su ejemplar de la *Vita Nuova* de Dante, justo allí donde ésta se abre con su célebre *Incipit vita nova*. Semejante gesto, en la ritualidad zambraniana, era como echar las campanas al vuelo para sancionar algo tan decisivo como un vuelco metodológico que atañía a los dos: «No podía

¹ Pre-Textos, Valencia 2002 (CLP).

yo imaginar que para mí fuera también. Pensaba sólo en ti», puesto que «todo método salta como un *Incipit vita nova*» (*Claros del bosque*, 1977, pág. 14). No por casualidad, aunque se encontrara en el apremio de llevar a cabo una obra suya destinada a quedarse en «el telar», la filósofa confiaba a Andreu que, desde que había empezado a recibir sus escritos, ella atendía a éstos más que a los propios, invitando sin embargo a su confidente a no sentir por eso ningún remordimiento, que hubiera sido una *falta* porque, como decía su Madre (la mayúscula es zambranaiana), «*lo primero es antes*» (CLP, pág. 190). En la misma carta, María Zambrano respondía tres veces *sí* a la propuesta de su amigo de pasar su edad postrera, una vez vuelta a España, dando clases con él a los discípulos de la Libre Universidad del Zambuch.

En una misiva un poco posterior (La Pièce, 13 de marzo), la Zambrano, haciendo referencia a las páginas que el lector tiene en sus manos, escribía: «Agustín: Gracias por el envío de tu espléndido Curso», fuente, no sólo para ella, de «firmeza y claridad» (la expresión, teresiana y cartesiana, le había sido sugerida por su primo Rafael Tomero). María Zambrano había escrito a Andreu que veía acercarse, casi *planeando*, el momento en que escribirían un libro juntos, pues a partir del vínculo fraternal de su *Syzygia*, los dos participaban de una misma efusión del Espíritu: «Es de nuevo la Zarza ardiente, ahora ya interiorizada» (CLP, pág. 190).

Al oír tonos tan solemnes y apasionados referidos a páginas y libros, un joven de hoy podría sentirse desubicado. ¿Puede el pensamiento inflamar tanto? Verdaderamente, si está permitida una referencia personal, fue esa de manejar fuego la precisa impresión que tuve, y que confié al mismo Andreu, en el invierno de 2002, en el «día en que tuve la suerte de conocerle y de hablar largamente de María Zambrano» (cito, haciéndolas mías, las palabras que me escribió en el ejemplar de CLP que me regaló), cuando empecé a hojear el volumen, recién salido, de las *Cartas de La Pièce*. Me habían vagamente dicho, en Vélez-Málaga, que se trataba de un libro sobre la circulación del Logos y del Espíritu, mas hasta que no se concretó aquel encuentro —ya que el Espíritu siempre se concreta— no había entendido absolutamente nada del círculo en el que estaba a punto de entrar, del torrente manso y calmo de sabiduría en que aquel encuentro me invitaba a sumergirme.

Una sabiduría parecida, del Logos y del Espíritu, no podía proceder sino de la *philla* y *Syzygia* masculina y femenina, ya que hay palabras que sólo a través de la finura de la sensibilidad femenina pueden reconocerse y

darse a luz, pues sólo la mujer, al tener familiaridad con las tinieblas, puede desvelar, más allá de todo temor, que éstas tienen *entrañas* luminosas. Y esto era el parto doloroso y gozoso de aquellas dos almas concretas, en los largos años de su conversación y *cor*-respondencia, en los años en que la filósofa vivía la etapa más decisiva y extrema de su camino, madurando la decisión de volver a España, mientras que el más joven, amigo teólogo y teófilo, la ayudaba en la sistematización metodológica de su pensamiento, proporcionándole los estímulos y la estructura sobre la cual ella habría construido, otra vez teresianamente, su última y decisiva *morada* espiritual.

Para un joven teólogo que, por su apertura, ponderación y clarividencia, daba miedo a los *secos padres* de la iglesia franquista, y que, tanto para madurar a lo largo de su camino como «para poder quedarse cristiano», tomó la decisión de «apartarse del ministerio eclesiástico» (sin perder nada, a mi entender, del auténtico, regio y profético sacerdocio), citar a María Zambrano en sus cursos universitarios en la Facultad de Teología de Valencia constituía un verdadero riesgo, en una época en la que la transición democrática se encontraba todavía en fatigosa gestación y se vivía en el temor y temblor de lo que podía ocurrir. Diremos de paso que de la Zambrano sólo desde hace poco en España se comenzaba a hablar, merced a la obra de unos jóvenes y menos jóvenes intelectuales a los que habían abierto el paso las finísimas figuras de Cernuda y Valente. Ni, por cierto, era un hecho común que un joven profesor de teología planteara un curso entero sobre un tema en apariencia tan alejado de los esquemas corrientes, como éste de la teología alejandrina del Logos.

El mismo lector encontrará todo esto en las primeras páginas del libro, en las que se justifica un tema no sólo en lo universal, sino también con referencia y con base en el contexto. Personalmente me urge más bien no justificar, sino confirmar la actualidad del tema a la luz de un mudado contexto, que tal vez constituye sólo una extremización, o quién sabe si una involución, de aquello. Si Andreu y la Zambrano operaban su discernimiento crítico de aquella enorme, controvertida y quizás fracasada reforma que tenía que ser el Concilio Vaticano II —buscando el auténtico sentido, y por lo tanto los fundamentos, antes que todo antropológicos, históricos y filosóficos, del ecumenismo, del diálogo y de los demás *leit-motiven* de aquel entonces—, el venir a la luz de estas lecciones *hoj* tiene un sentido profundísimo.

El más íntimo amigo de la filósofa mediterránea y alejandrina por excelencia confirma, desde aquella misma delicadísima cátedra, uno de los pila-

res de sustentación de la cultura mediterránea y europea en el valor mediador del Logos que demasiadas veces ha sido individuado, desde la Escolástica hasta Hegel, como base y esquema en un plan lógico-constructivo, hasta político, olvidando el valor profundamente *cordial* que llevaba consigo en sus orígenes. Y en la palabra *cordial*, tan preciosa para Andreu y que tan bien le conviene, resuena el eco no sólo machadiano sino también de aquel ilustre pedagogo que fue Blas Zambrano, cuyo modelo de padre y maestro la Zambrano ciertamente le transmitió. He aquí que ya desde sus primeros pasos la filosofía y la teología del Logos quedan redescubiertas bajo otra luz, es decir en la luz más auténtica del Espíritu que es amor y que sostiene su movimiento. La misma dialéctica de lo real no es «egótica» experiencia de reapropiación de sí por parte de lo divino, sino *opus amoris*, generosa y arriesgada alienación y pasional alteración, *kénosis*, perdición para el otro, hasta lo infinitamente otro de Dios que es la materia, la tan despreciada *hýle*. El Dios del cristianismo no conoce extranjeros, o mejor, reconociendo la realidad más lejana de sí, se le hace próximo hasta asumir su destino, hasta sostener su suerte, asumiendo la naturaleza de siervo, haciéndose substrato y por eso sustancia. No hay otra subjetividad para el cristiano que aquella de hacerse cargo de lo que le resulta más ajeno, y el amor hacia los enemigos, como la muerte en la cruz, no son más que el reflejo, en el plano humano, del movimiento de lo divino, movimiento no violento, no invasivo, no forzoso, más bien amoroso y que sólo el amor puede justificar.

La encarnación asume entonces un carácter continuo, eterno y exquisitamente trinitario, no sólo en términos de *sacramentum*, de ejemplar presencia del Logos en la creación, en Jesús de Nazaret y en el pan eucarístico, como afirmaba Pascal, mas como una asunción infinita e incansable de la humanidad toda y de la creación en el seno del Padre, un camino de gloria y fatiga, que penetra toda manifestación y dimensión *de lo que hay y de lo que es*, mirado desde las distintas perspectivas de cada ciencia y de cada arte. Por lo tanto la filosofía y la teología del Logos son en sí mismas ecuménicas, no porque haya alguien que detente el Logos y lo instile y destile desde lo alto según su propia medida, sino porque el mismo Logos es la divina medida, el corazón y tejido de lo real y actúa y continúa actuando a través del Espíritu —después de la indispensable desaparición física del Logos, que ha permitido una más vasta y universal efusión y encarnación— en todo lugar y en todo tiempo, *sin necesidad de nada*.

Esta confianza, ese optimismo que es una de las dotes más bellas de la figura y de la obra de Andreu, es el exacto contrapunto del activismo que

a partir de los años sesenta acompañaba el compromiso de los cristianos en el mundo, muy a menudo incapaces a los ojos de los contemplativos –como la misma Zambrano de La Pièce, y los Guénon y Massignon– de espera y de auténtica esperanza, o sea carentes de la cierta confianza en el Logos encarnado, ya que hay una *acción* esencial y secreta que es muy distinta de las múltiples acciones.

Hoy, en el momento en que el Papa llegado de Alemania nos anuncia con la extrema sencillez de los sabios la única palabra ecuménica, o sea que *Deus Caritas Est*, no podemos decir que no tengamos confirmación de estas lecciones proféticas de Andreu. Desde los años setenta, él como la última Zambrano, veían hasta aquí, y tal vez más allá, ya que *lo primero es antes*. Descubrir la dimensión amorosa de la lógica del Logos, o sea de la lógica cristiana originaria, no es poca cosa. Porque la lógica del amor es el mismo amor. Cuán revolucionaria pueda ser esta palabra joánica, dicha por un Papa laborioso y contemplativo de nombre *Benedictus*, podemos sólo entenderlo con los ojos de la fe. Ya que si Dios es amor –como sugiere Pannikar con Enzo Bianchi–, el amor es Dios. Y se acerca quizá casi *planeando* el tiempo en que «ni en esta montaña ni en Jerusalén se adorará al Padre [...] mas lo adorarán en espíritu y en verdad»; el tiempo tal vez en que la profecía hegeliana de una religión superada por la filosofía encontrará su sentido, si la filosofía vuelve a ser *filo-sofia*, amor de la sabiduría, con mayúscula o con minúscula, que es lo mismo, ya que si todo viene de allí, no hay nada que no merezca respeto y autonomía.

Agustín Andreu, desde su más discreta e invisible cátedra, no tenía y no tiene ningún miedo a la secularización. Al revés, como los verdaderos cristianos de hoy, la ve como una bendición, como la ocasión para ser cristianos verdaderamente en la óptica de la *Carta a Diogneto*. El momento en el cual creer en Dios –como afirma una vez más Enzo Bianchi– ha dejado de ser una *necesidad*, mas en el cual lo divino puede ser encontrado sólo en la óptica de la *gratuidad*.

Esta *logica* es la que este libro propone. No por casualidad se trata de lecciones dadas a unos futuros jóvenes sacerdotes, que quizá creían aprender a saber algo, mientras por el contrario se les enseñaba a *sapĕre*, a gustar lo esencial, o sea el amor como el *hacerse otro*, el asumir al otro no para asimilarlo sino para sostenerlo y salvarlo en su alteridad. Y no quitaré el placer y el estupor al lector, con intempestivas anticipaciones, de con-

frontarse con *lo esencial y profundo* de estos apuntes y la sorpresa de sentirse educar en una materia profunda con la sencillez, la nitidez y la paciencia de los Padres, por ese maestro que quizá sea el último de los padres y el primero de una nueva generación de hijos. Pues, si algo he aprendido de Agustín Andreu, es que *cada cosa se tiene que dar en su tiempo*, y cada libro, como cada persona, tiene un tiempo para venir a la luz, y para llegar –como añadiría Chantal Maillard– a donde tiene que llegar, a través de los caminos más extraños.

Ahora el libro está en vuestras manos; y lo está gracias a la obra verdaderamente admirable del profesor Carlos Peinado Elliot, de la Universidad de Sevilla, que ha cuidado esta edición, por encargo del mismo Andreu, permitiéndonos no sólo escuchar la voz del maestro, sino también, a través de sus apuntes, sentir resonar su eco en las mentes de sus discípulos.

El eco en la mente y en las palabras de aquella maestra suya, amiga y condiscípula del Logos que fue María Zambrano, lo hemos escuchado; ahora esta palabra espera una nueva resonancia, una nueva germinación. ¿Cómo recibirá esta Europa una vez madre, ahora madrastra de pueblos, el renovado don del Logos? ¿Redescubrirá, más allá de sus ya débiles capacidades mediadoras, la apuesta divina del auténtico amor hacia la humanidad concreta?

Pues de hacerse hombres *primero* y de veras se trata, y esto, sí, precisamente esto, debería venir *antes* que cualquier otra cosa.

Gabriele Blundo Canto
Messina, 26 de diciembre de 2006